LAS QUINTAS.

LAS QUINTAS,

DRAMA EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. FRANCISCO PEREZ ECHEVARRIA.

Estrenada en el teatro de Lope de Rueda, en 28 de Setiembre de 17 0.

SEGUNDA EDICION.

MADRID:
IMPRENTA DE GABRIEL ALHAMBRA,
calle de San Bernardo, 75.
1872.

Al Señor

D. MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

Insignificante es el mérito de esta obra para llevar á su frente su nombre de V., tan conocido en la república de las letras; pero yo no puedo olvidar que el mio figura en la continuacion de El Diablo Mundo; *que nos unen estrechos lazos de amistad, sincera y leal, y sobre todo que le quiere á V. con el alma, su apasionado*

El autor.

PERSONAJES.		ACTORES.
Claudia	Sra.	Fenoquio.
Rosa	Srta.	Alvarez.
Julian	Sres.	Vico (hijo).
Pedro		Parreño.
Perico no-matar		J. García.
Don rufo		Cortés.
Gil		Reig.
El porro		Medel.
Aldeano 1.°		Catalá.
Idem 2.°		Puga.

La accion en un pueblo de Aragon. Años de 1851 y 1859.

ACTO PRIMERO.

Paisaje.—Á la derecha del espectador la casa del tio Pedro, á la izquierda la de Rosa. En segundo término, y en el promedio de la escena, una cruz sobre dos escalones practicables. Al fondo montañas cortadas por un abismo.

ESCENA PRIMERA.

CLAÙDIA, *aparece en el dintel de la puerta de su casa, con el delantal recogido, echando trigo.*

Pí... pí... pí... pí... vamos, vamos,
no se sale del portal. (*Cerrándole.*)
Gallinas más correntonas
no las he visto jamás.
Ay! que en esto se parecen
á los hombres; nunca están
recogidos en su casa,
que es donde deben estar.
No señor, de pindongueo...
Y eso, que yo, á la verdad,
no debia... pero ¿dónde
en el mundo se hallará
un marido como Pedro
y un hijo como Julian?
Calla, y veo que se olvidan...
hoy es dia de podar
el majuelo y es preciso
llevar las mulas... ¡Julian!
¡Pedro! (*Gritando y golpeando la puerta.*)

ESCENA II.

CLAUDIA, PEDRO, JULIAN, *con una legona al hombro.*

PEDRO. Ajá; chilla otro poco;
nada, chiquia, chilla más.
¡Voto á un rayo! que parece
que te rajan por mitad.
JULIAN. ¡Padre!
CLAUDIA. Pues digo que el genio
que has echado es para echar
á cualquiera al hoyo. (*Compungida.*)
PEDRO. Ea,
ya la soltó.
JULIAN. Claro está;
tiene usted unas salidas!...
PEDRO. ¡Tambien tú! Voto al pilar
que sostiene á la Patrona
que no me faltaba más.
JULIAN. (Padre, si madre sospecha,
se muere.)
PEDRO. (Dices verdad.)
CLAUDIA. Deja á tu padre que grite
y tenga mal genio.
PEDRO. Cá.
CLAUDIA. Que ofenda á Dios.
PEDRO. No haya chanzas.
CLAUDIA. Y á la Virgen del Pilar.
PEDRO. Repara bien lo que dices,
que á bruto me ganarán;
pero lo que es á cristiano
y á ser español y á amar
á la Patrona, no hay madre
que pára otro Pedro! Ba!
CLAUDIA. Entónces en vez de triste
y adusto, ¿por qué no estás
alegre?
PEDRO. Porque...
JULIAN. (*Á Pedro.*) (Silencio.)
CLAUDIA. Motivos tienes.
PEDRO. Ya, ya,
si los tengo! (Para ahorcarme
de un tronco del encinar.)
CLAUDIA. Digo! ¿te parece poco
que el chico esté libre ya

de las quintas?... verdad, hijo?
JULIAN. Madre...
PEDRO. (¡Voto á Barrabás!)
CLAUDIA. Hace dias tambien era
un mar de llanto; si, un mar:
que se acercaba el sorteo
en que entraba mi Julian
y se acercaba mi muerte.
Dios tuvo de mí piedad
y puso en su mano un número
de los mejores.
PEDRO. Ajá,
de los mejores, no mientes.
(De los primeros.)
CLAUDIA. ¿Verdad?
PEDRO. (Fué el uno, con que nò entiendo;
si llega el chiquio á sacar
otro mejor, va á presidio
por toda la eternidad.)
CLAUDIA. No me estraña que tu padre
tenga la cara de agraz,
aunque debiera estar hecho
un rabel de Navidad;
extráñame tu tristeza.
JULIAN. Madre, usted comprenderá
que no siempre se halla el horno...
CLAUDIA. No me acabes el refran,
que ya te comprendo, Rosa
tiene la culpa.
JULIAN. No tal.
PEDRO. Chiquio coge los avios
que hoy tu madre charlará
por los codos, si la dejan.
CLAUDIA. No, pues no se ha de marchar
sin que antes queden los novios
como dos santicos. Sal,
Rosica, sal al momento.
(*Llamando á la puerta de la casa de Rosa.*)
PEDRO. Dando papilla estará
á su abuela, que de abuela
ya no puede comer pan.
CLAUDIA. ¿Tú qué sabes?
PEDRO. Diantre, tienes
una mollera lo más...
CLAUDIA. Lo que tengo es que no vivo
cuando está triste Julian,
y hace dias que en su cara

no para el gozo.
PEDRO. Cabal.
CLAUDIA. Si tú le vieras con otros
ojos...
PEDRO. ¿Tendré que cegar?
CLAUDIA. No es eso; es que tú al mirarle
le miras con frialdad.
PEDRO. Como tú ni más ni menos.
CLAUDIA. Justo, ni menos ni más.
PEDRO. ¿Cómo demonche le miras
tú?
CLAUDIA. Yo, con el mismo afan
con que miran su hermosura
las muchachas del lugar
en las aguas de la fuente
que sombrea ese parral.
PEDRO. Chiquio, coge la legona,
que hoy tu madre va á parar
á la Gabia.
CLAUDIA. (*Llamando.*) ¡Sal, Rosica!
ROSA. (*Saliendo.*) ¿Quién llama?
JULIAN. (*Con alegría.*) !Rosa!
ROSA. (*id.*) ¡Julian!

ESCENA III.

DICHOS, ROSA.

PEDRO Nada! se empeñó.
CLAUDIA. (*A Pedro.*) Ya empiezas
á gruñir? ¡Cuánto veneno!
PEDRO. (No hay duda que estoy yo bueno
para escuchar sus ternezas.)
CLAUDIA. Mira... mira... (*Por los novios.*)
PEDRO. (¡Vuelta y soba!
si supieras que tu hijo
va á ser soldado, de fijo
que no andarias tan boba.)
CLAUDIA. (*A Julian.*)
No, si no me llamo á engaño
al verte tan fino amante;
mucho cariño delante
y detrás mucho regaño.
Claro! nunca en mi presencia
viene á picaros la mosca,
ni me poneis cara fosca,

ni me armais una pendencia;
pero apenas vuelvo yo
la cara, Dios nos asista,
no habrá diablo que os resista;
por fuerza.

JULIAN. Pero...

CLAUDIA. No, no;
la broma hasta aquí.

ROSA. Mas...

CLAUDIA. Nada;
que despues de la contienda
otros se ponen la venda
siendo yo la escalabrada.
Julian, alegre hasta aquí,
no es ya ni su sombra.

ROSA. Pero...

CLAUDIA. Nada. Rosa, que no quiero
que siga Julian así.

ROSA. Madre Claudia, estoy perpleja;
usted me ofende si acaso
piensa que yo...

PEDRO. No hagas caso,
hoy está loca la vieja.

CLAUDIA. Calle usted, tio insolente.
—El cielo sabe, hija mia,
que nunca te ofenderia.
Te he visto niña inocente
sumida en triste orfandad
crecer al par de tus flores;
he sentido tus dolores
y he visto con ansiedad
tomar arraigo en tu pecho
á ese amor, que es mi alegría.
Quién sabe; quizá algun dia,
bajo ese pajizo techo
que ha visto mi vida entera,
tendré mas séres de hinojos
para cerrarme los ojos
el dia que yo me muera.

PEDRO. ¡Otra!

JULIAN. ¡Madre!

ROSA. Calle usté.

CLAUDIA. No, si no es para afligiros;
es solo para deciros
lo mucho que gozaré
si Dios es servido en darme
nuevos hijos.—¡Ni en el cielo!

ellos serán mi consuelo;
ellos vendrán á cuidarme;
por si me da algun desmayo
siempre estarán junto á mí.

PEDRO. Claro, siempre junto á tí,
y á mi que me parta un rayo.
Bien cumples los mandamientos.

CLAUDIA. Sí, que tu genio es de broma
para andar con nietos.

PEDRO. Toma!
siempre estarán más contentos
conmigo que no contigo.

CLAUDIA. Calla, que no puede ser.

PEDRO. Si lo has de ver.

CLAUDIA. Lo has de ver.

PEDRO. Quita allá!

CLAUDIA. No me desdigo!

JULIÀN. Pero, madre!

PEDRO. Voto á brios!...

JULIAN. Que es locura tal afan,
y hablar de cosas que están
sólo en la mente de Dios.

PEDRO. Ya se ve. ¡Si es lo más plomo
tu madre!

CLAUDIA. ¿Pedro!

PEDRO. ¡Más ruda!

CLAUDIA. Pronto saldremos de duda
si Dios nos da vida.

PEDRO. ¡Cómo!

CLAUDIA. Cómo! Haciendo lo que has dicho
distintas veces.

PEDRO. Distintas?...

CLAUDIA. Si el chico libra en las quintas,
se casa.

ROSA *y* JULIAN. Oh!

PEDRO. ¡Claudia!

CLAUDIA. Es capricho
hacer que dure el noviajo,
cuando es lo más conveniente
que ellos se pongan al frente
de la casa y el trabajo.
Luego... tengo otra razon
para que haya boda.

PEDRO. Cuál?

CLAUDIA. Nuestro hijo tiene un rival.

PEDRO. Gil.

CLAUDIA. Su padre es ricachon.

JULIAN. Pero un infame sin ley.
ROSA. ¿Qué cuidado puede darte,
Julian, si no he de dejarte
ni por Gil ni por el rey?
JULIAN. ¡Feliz quien tu amor alcanza,
Rosa! Tus frases sencillas
son bienhechoras semillas
que hacen brotar la esperanza.
¡Quién sabe si estos momentos
son los últimos!.. *(Cogiéndola una mano.)*
ROSA. ¡Dios mio!
JULIAN. Mas volveré. Yo confio
en Dios y en tus juramentos.
CLAUDIA. *(A Pedro.)*
(Mira qué tiernos están.)
PEDRO. Mucho.
CLAUDIA. Si ha de ser que sea.
Hoy sabrá toda la aldea
que se casa mi Julian.
PEDRO. Claudia!
CLAUDIA. No hay más.
JULIAN. Pero, madre...
PEDRO. Claudia, que cierres el pico.
CLAUDIA. Mas...
PEDRO. De la boda del chico
sólo se encarga su padre.
CLAUDIA. Pero...
PEDRO. Nada, entra en la casa
á arreglar pronto la cena...
CLAUDIA. Pero...
PEDRO. *(Colérico.)* ¡Claudia!
CLAUDIA. Es una hiena,
Ven, hija, ven. ¿Qué le pasa?

ESCENA IV.

PEDRO, JULIAN.

JULIAN. Padre, es ya necesidad
que acabe tanta patraña;
ya quien engaña se engaña.
¿Á qué ocultar la verdad?
Si está contenta mi madre,
es lo cierto que su hijo
va á ser soldado.
PEDRO. Colijo

que eres un zopenco.

JULIAN. ¡Padre!

PEDRO. Justo. Cuando yo tolero
que haya engañifas, es claro
que aquí en el magin preparo
un plan.

JULIAN. Diga usted...

PEDRO. No quiero.

JULIAN. Eh!

PEDRO. Vas á meter la pata.

JULIAN. Pero...

PEDRO. Y á tomarlo á aprobio...

JULIAN. No entiendo

PEDRO. Como eres novio,
no ves.

JULIAN. Hable usted en plata.

PEDRO. Pronto saldria de apuros
si hablara de esa manera.
Digo, si aquí me pusiera
á echar pesetas y duros;
digo, si irias despues
soldado.

JULIAN. El afan me mata.

PEDRO. Bien: te hablaré, si no en plata,
al estilo aragonés.
Sin rodeos, sin afeite;
nada, clarito.

JULIAN. Eso quiero.

PEDRO. Julian, hombre sin dinero
es un candil sin aceite.
Oros son triunfos, es ley;
para el pobre nunca escampa;
el rico busca la trampa
y el rico no sirve al rey.
Tú eres bueno, mas sin bienes;
todos no somos iguales;
tú no tienes lo que vales,
pero vales lo que tienes.
Y como esto es tu persona,
véle ahí que no vales nada;
que á la gente no le agrada
la persona que no abona.
Quiero decir, que es razon
que te palpes y te mires,
y, en fin, chico, que no tires
coces contra el aguijon.
Que eches el orgullo á un lado;

que dejes de hacer extremos;
tu madre y yo no queremos
que vayas á ser soldado.

JULIAN. ¿Cómo evitarlo?

PEDRO. Hay un hombre
que me ha ofrecido dinero
para librarte, y yo quiero
que tú lo aceptes.

JULIAN. Su nombre?

PEDRO. Lo diré sin más empacho;
el padre de Gil.

JULIAN. Jamás.

PEDRO. Pero...

JULIAN. Nunca.

PEDRO. Loco estás.

JULIAN. De Gil!...

PEDRO. Qué importa, muchacho?

JULIAN. Del hombre que se ha propuesto
deshonrar á la mujer
que amo yo?... no puede ser.

PEDRO. ¡Deshonrarla? Por supuesto!
Dí más bien que le ha picado
el bicho que á tí te hiere.

JULIAN. Y si ella á mí me prefiere
¿por qué es tan tenaz y osado
que no la deja vivir,
y entre amenazas y quejas
pasa la vida en sus rejas
dando que hablar y mentir?

PEDRO. Cá! machaca en hierro frio.

JULIAN. Ya sé yo que en vano lidia;
pero le roe la envidia...

PEDRO. Tu-tu-tu-tú...

JULIAN. No me fio
de Gil.

PEDRO. Deja á Gil que ladre,
que en este asunto es un cero;
quien me ha ofrecido dinero
no ha sido Gil, es su padre.
Y claro que lo ha de dar
por cuenta de tu trabajo
sin meterse en el noviajo.

JULIAN. Pero tener que aceptar
un favor...

PEDRO. Otra te pego;
el amor te ha vuelto topo.
Prefieres cojer el chopo?

JULIAN. Sí.
PEDRO. Julian!...
JULIAN. No hay más.
PEDRO. Reniego!
JULIAN. Odio á Gil.
PEDRO. Voto á mi padre,
que eres todo un zascandil.
¿No ves que tu odio hácia Gil
es la muerte de tu madre?
Qué! ¿nada vale la vieja
que habita bajo esas cañas?
Te ha llevado en sus entrañàs.
¿Nada vale? ¿Así se deja
sumida en dolor profundo,
sin duda porque la ves
sin fuerzas?...
JULIAN. Padre...
PEDRO. Porque es
un soplo? ¡Si este es el mundo!
Engríete, ya que puedes.
¿Qué fuera del roble erguido
sin ese soplo perdido
entre esas cuatro paredes!
JULIAN. Padre, me está usted matando.
PEDRO. Tú á mí con tanto egoismo.
Ingratos!... ¡Siempre lo mismo!...
JULIAN. Pues bien, á todo me ablando.
Venga pronto ese señor,
y acepte usted su dinero.
PEDRO. De veras? (*Con alegría.*)
JULIAN. Pero...
PEDRO. No hay pero;
que nos hace un gran favor.
JULIAN. ¡Favor! si está en su interés
que yo me vaya al servicio,
cómo quiere?...
PEDRO. No hagas juicio:
ya lo veremos despues.
JULIAN. Siento deber á un contrario...
PEDRO. Descuida, que no desbarra.
(Si acaso don Rufo marra,
aún queda el arrendatario.)
Alguno se acerca.
JULIAN. (*Mirando.*) Sí,
es Perico No-matar.
PERICO. (*Dentro.*) Tio Pedro, se pue pasar?

ESCENA V.

Dichos, Perico, *frotándose las manos, riéndose y encogiéndose de hombros; detalles que caracterizan á este personaje. Además hablará muy alto.*

Pedro. (*Yéndose á Perico en ademan colérico.*)
¿Qué vienes á hacer aquí?
Perico. Jé, jé, jé!—Vengo. . .está claro,
porque usted lo ha prohibido;
la privacion, tio Pedro,
es causa del apetito.
Apenas me vido usted,
cuando hace un mes nos gorvimos
de la ciudad este y yo,
convertíos en dos quintos. . . . (*Alzando la voz.*)
Julian. Silencio!
Pedro. Si no te callas!. . .
Perico. Demonche, siempre me olvido. . .
Pedro. Por eso, entónces, te dije,
y por eso te repito,
que ni á cien leguas asomes
la cara por estos sitios.
Que no quiero que se entere
mi mujer de lo del chiquio,
y tú no sabes callarte.
Perico. Cá, no señor; soy lo mismo
que un difunto; más callado
que la rueda de un molino.
Pero ya se vé! usted dice
que no venga aquí, y es lícito
que yo me queme y requeme
por asomar el hocico.
Por otra parte, me irrita
que me tengan por un mirlo;
no señor, yo no soy eso.
Ahora voy yo, correndico,
á decir á la tia Claudia
que ya es sordado su hijo,
y que pronto va á largarse
con el chopo. . .
Pedro. (*Dándole un puntapié.*) Toma, indino.
Perico. Ay, ay, ay!
Pedro. Lárgate pronto.
Perico Pero. . .

PEDRO. O hago un *estropicio.*
JULIAN. Echa á andar.
PEDRO. Sí, que se vaya.
JULIAN. Ven y cavarás conmigo.
PERICO. Yo trabajar? un demonio.
A donde voy ahora mismo
es á casa del alcalde.
JULIAN. A qué?
PERICO. Toma! que ha venido
un soldado y quiero verle.
No sé por qué me encandilo
siempre que veo un soldado.
Como voy á ser amigo
de toos. Julían, no seas tonto,
anda y verás que dos chirlos
tiene aquí, salva la parte,
y que bigotes de erizo,
y que mochila tan guapa,
y qué chacó tan polido.
Anda y vete acostumbrando,
que al fin y á la postre, chico,
tú tambien...— No digo nada.
(Demonche, siempre me olvido ..)
JULIAN. Eres, Perico, muy bruto.
PEDRO. Eres muy bruto, Perico.
PERICO. (No han tomado mala tema;
todos me dicen lo mismo.)
PEDRO. (*A Julian.*)
(Vete con él; y de lo otro
descuida, que yo...)
PERICO. (*Mirando á la derecha.*) Este tio
sí que me carga y revienta.
Ya se vé! como es tan rico,
hace medida su boca,
y hace ley de su capricho.
PEDRO. De quién hablas?
PERICO. De don Rufo.
Tambien es soldado su hijo.
—Mucho ojo, Julian, mucho ojo!
que el mozo está derritido
por tu novia, y si se empeña...
JULIAN. Qué?
PEDRO. Le romperé el bautismo.
PERICO. Hay quien dice que el tal Gil
ha jurado ser marido
de Rosica, ántes de poco;
y como Gil esun niño

mal educao, y su padre
es tan rabicta y...

PEDRO. Perico!..

PERICO. Bien, hombre, no he dicho nada.
(Uy! parece un basilisco!)

PEDRO. (*A Julian.*)
Déjame á solas con él.

JULIAN. Padre!..

PEDRO. Vete.

PERICO. Conque...

PEDRO. Chito.

PERICO. (Mire usted que es mucho empeño
que no he de soltar el pico,
cuando soy lo mas prudente
que hay en todo este circuito.)

ESCENA VI.

PEDRO, DON RUFO.

PEDRO. (*Dirigiéndose á don Rufo con cariño.*)
Don Rufo!

RUFO. Pocos cumplidos

PEDRO. Pero...

RUFO. Al grano.

PEDRO. (Hombre más brusco!

RUFO. Está usted solo?

PEDRO. Con Dios,
que está en todas partes.

RUFO. Justo.
Tio Pedro, vamos á hablar
sin ambajes ni repulgos.
Fuerza es que usted se conozca
y que baje usted los humos
de ese bigardo.

PEDRO. De mi hijo?

RUFO. Mi casa se vé en disturbios
continuamente, y por él,
Gil no descansa un minuto.
La culpa toda la tiene
ese pedazo de estuco.
¿Qué más pudiera soñar
que ser mi nuera!..

PEDRO. Calculo...

RUFO. No hay que calcular: lo dicho.

PEDRO. Pero...

RUFO. No hay pero ninguno.
Hace poco á Zaragoza

hicimos un viaje juntos
con motivo de las quintas.

PEDRO. Por cierto que estaba nublo;
por eso sacó, sin duda,
Julian el número uno.

RUFO. Gil sacó el dos.

PEDRO. Toma, toma!
si yo tuviese el bandullo
como usted!..

RUFO. No hablemos de eso;
cada cual tiene lo suyo.

PEDRO. Es verdad.

RUFO. Y usted no tiene
más renta ni más escudos
que su hijo.

PEDRO. Cierto.

RUFO. Y su hijo
no tiene nada en el mundo.

PEDRO. Su honradez.

RUFO. (*Con desprecio.*) Usted qué sabe?

PEDRO. Cómo! qué?

RUFO. Si habla usted mucho,
me voy.— Julian hoy es quinto,
y mañana...

PEDRO. (*Conmovido.*) Me figuro;
mañana será soldado.

RUFO. Y al otro, quizás difunto;
que el militar anda siempre
con un pie sobre el sepulcro.

PEDRO. Hombre!

RUFO. Es la fija.

PEDRO. Carape!
Habla usted de un modo!

RUFO. Juzgo
que no hay que andar con rodeos.

PEDRO. Pero eso de ver difunto
al chiquio...

RUFO. En usted consiste.

PEDRO. En mí? Carape! don Rufo,
usté se burla.

RUFO. Hablo sério.
Yo tengo trescientos duros
para librar al muchacho.

PEDRO. Oh! para librarle? (*Con júbilo.*)

RUFO. Punto
en boca.

PEDRO. Pero...

RUFO. Con una
condicion.
PEDRO. Con una?
RUFO. Justo.
PEDRO. Con doscientas mil que sean;
pues sí, que es flojo el apuro
para andar con requilorios!
Pida usted, pida á su gusto.
Si quiere usted que arreglemos
las viñas, mi brazo rudo,
que nunca rindió el trabajo,
es de usted de Julio á Julio.
Si quiere usted que prepare
las tierras, yo le aseguro
que siempre ha de verme usted
sudando sobre los surcos.
Si es la huerta, será envidia
por sus flores y sus frutos;
si es la casa, nada digo,
si el olivar, nada arguyo;
y si es mi sangre, hable usted,
que voy á rasgar al punto
en mil pedazos mis venas;
no crea usted que me asusto:
con tal de librar á mi hijo
nada me asusta en el mundo.
RUFO. No quiero yo nada de eso
PEDRO. Entonces... ya estoy confuso.
RUFO. Que el chico vaya á encargarse
de la hacienda que está junto
al Ebro... á catorce leguas.
PEDRO. ¡No ha de ir! Con mucho gusto.
RUFO. Y que no vuelva á acordarse
de esa mujer.
PEDRO. ¿Eh?
RUFO. No sufro
tranquillas; ó cede el campo
ó no le doy sustituto;
y chiton: de esto, ni á Gil
ni á nadie ha de darle el humo.
PEDRO. (*Despues de una pausa.*)
Es decir, que usted pretende,
—despues de tantos tapujos,—
que yo venda el corazon
de Julian... ¡Voto á San Bruno,
que para comprar tal joya
hay poca plata en el mundo!

No hay corazon que se venda
cuando un corazon es puro,
y si yo no vendo el mio
mal puedo vender el suyo.

RUFO. Entonces será soldado.

PEDRO. Entónces, no será un tuno.

RUFO. Y ausente de aquí, veremos
quién de los dos goza el triunfo.

PEDRO. Toma! mi chiquio.

RUFO. Su *chiquio*!

PEDRO. Rosa es más firme que un muro.

RUFO. ¡Firme!... ¡sí!

PEDRO. Y usted lo sabe.

RUFO. ¿Yo?

PEDRO. Vaya, no soy tan zurdo.
La venta que usted propone
es un dato y muy seguro.

RUFO. ¡Miserable!

PEDRO. ¿Qué se entiende?

RUFO. ¿Se burla usted?

PEDRO. No me burlo.
Digo que su hijo de usted
no ha de ablandar esos duros
barrotes, ni con lamentos
ni con dinero.

RUFO. Ya sudo
de cólera; ¿cuándo y cómo
se ha figurado ese estúpido...

PEDRO. Vuelta otra vez. (*colérico.*)

RUFO. Ese necio?...

PEDRO. No diga usted otro insulto
á mi hjio, ó le rompo un hueso...

RUFO. ¿A mí?...

PEDRO. Contra esos pedruscos.

RUFO. ¡Por Cristo!

PEDRO. No hay más que lo hago
como lo digo.

RUFO. ¡Estos brutos!...

PEDRO. Son tan honrados de pecho
como fornidos de puños...
y hacen así,
(*Se dirige á D. Rufo en ademan de pegarle.*)

RUFO. (*Retrocediendo.*) Mas...

PEDRO. Defiéndase,
porque si no le estrangulo.
(*Echa las manos al cuello de D. Rufo. En este mismo momento aparece la vieja Claudia.*)

ESCENA VII.

DICHOS, CLAUDIA.

CLAUDIA. ¡Ave María Purísima!
PEDRO. Mi mujer, ¡voto á mi abuelo!
RUFO. (*Respuesto del susto y dando suelta á la ira.*)
Que Dios me falte, canalla!
si no te acuerdas.
PEDRO. (*A D. Rufo.*) (Silencio,
que está ignorante su madre,
y yo... yo estoy que reviento.)
CLAUDIA. ¿Qué ocurre?
PEDRO. Nada.
RUFO. Sí! nada!
PEDRO. (*A Claudia, pugnando por entrarla en la casa.*)
Ya te diré.
RUFO. (*Amenazando á Pedro.*) ¡Te prometo!
CLAUDIA. (*Sorprendiendo la accion de D. Rufo.*)
¿Vá usted á pegarle?
PEDRO. ¿Quién?
¿A mí?... Claudia, vete adentro.
CLAUDIA. Yo quiero saberlo todo.
PEDRO. Todo es cuestion de un majuelo.
RUFO. Miente.
CLAUDIA. ¿Tú?
(*Cogiendo de un brazo á su mujer y volviéndose rápido á D. Rufo. Con energía.*)
PEDRO. (Voy á estamparle
de un puñetazo los sesos.)
CLAUDIA. ¡Dios mio!
PEDRO. No, si no es nada.
CLAUDIA. (Temblando voy por mi Pedro.)
PEDRO. (Mal se ha portado conmigo
la Patrona! Por el cielo,
que si no ataja mis iras
va á ser el dia sangriento.)

ESCENA VIII.

D. RUFO.

¡Mal me conoce el menguado!
Yo le juro que el veneno

que ha derramado en mi alma
ha de surtir sus efectos.
Tú fias todo á tus puños
yo fio todo al dinero;
sin él, muere tu esperanza,
con él, cumplo mis deseos.
Tú no tendrás á tu hijo;
en cambio yo... ¡Nos veremos!
Oh, con lágrimas de sangre
pagarás tu orgullo necio.

ESCENA IX.

D. Rufo, Gil *por la izquierda, en traje del país, pero lujoso,*

Gil. (*Contemplando las rejas de la casa de Rosa. Con despecho.*
No hay cuidado que se asome
á la reja, ni un momento,
como á la reja no llegue
ese Julian del infierno.
Rufo. Mi hijo aquí!
Gil. Siempre mi padre,
como sombra de mi cuerpo.
Tendremos cancion.
Rufo. Me agrada
verte.
Gil. Padre, no empecemos:
que cuanto usted me predique
es predicar en desierto.
Cien veces le he dicho á usted
y le repito otras ciento
que ni abandono la aldea
ni estudio, ni hablo, ni pienso
en otra cosa, que en esa
mujer.
Rufo. ¡No te enfades; bueno!
Gil. Esa mujer desdeñosa
ha de ser mia, á despecho
de Julian y de su padre,
de usted y del mundo entero.
No espere usted que desista
ni un punto; que es mi deseo
tan rebelde á toda traba
y tan tenaz, como el fuego
que á veces prende á las eras

por un extraño siniestro,
que crece con más empuje
cuanto más arrecia el viento.
Así, padre, no me siga,
y cese usted.

RUFO. ¿Que si ceso?
¡Ya lo creo! Es más: te obligo;
es más; te ayudo en tu empeño.

GIL. ¡Cómo!

RUFO. Si hasta aquí queria
disuadirte, hoy no; hoy prefiero
á esa mujer, la más pobre,
á la más rica del pueblo.

GIL. ¿Ese cambio?...

RUFO. ¡Ha de acordarse
de mi nombre el tio Pedro!

GIL. Es que ha caido usted ya
en la cuenta? Va usted viendo
que esa gente está insufrible?

RUFO. Deja que sigan tan huecos.

GIL. ¡Y ella en tanto continúa
sorda á mi voz y á mi ruego!

RUFO. Dádivas quebrantan peñas,
deja que cambien los vientos.

GIL. Todo es en balde.

RUFO. ¡Pobrete!

GIL. No hay quién trueque en fuego el hielo,
y esa mujer es más firme.

RUFO. ¡Firme! ¿Qué sabes tú de eso?
«A una torre la comparas,
»sin duda, por su firmeza,
»sin ver que las torres tienen
»casi siempre una veleta.»
¿Recuerdas tú ese cantar?

GIL. Yo solo mi mal recuerdo.

RUFO. Pues no le des al olvido
y aplica á tu Rosa el cuento.
(*Se oyen voces confusas.*)
Pero que estrépito es ese?

GIL. Voy á ver...
(*Detiénese al ver á Perico que viene saltando.*)

ESCENA X.

DICHOS, PERICO, *á poco* PEDRO.

PERICO. ¡Anda salero!

Menudo cisco se ha armado
en el lugar. Eh, tio Pedro!
Pronto, asome usted la gaita;
que se ha venio un ejército
de seis soldados y un cabo
y un corneta y un sargento,
que van de paso.

PEDRO. (*Saliendo azorado.*) ¿Qué dices?

PERICO. Que dentro de unos momentos
yo y Julianico y el Porro,
y el hijo del tio Cencerro,
y el nieto de la Piporra,
y el sobrino del Cangrejo
vamos á tomar el jope
para meter nuestros cuerpos
en otros cuerpos sin alma
que se llaman regimientos.

GIL. ¿Oye usted? (*Con alegría.*)

RUFO. Ven; no nos vean.

(*Se retiran al fondo, de suerte que puedan escuchar sin ser vistos de Perico y el tio Pedro.*)

PEDRO. Perico, mira si es cierto
lo que dices.

PERICO. Toma, toma!
pues menudo jimoteo
se ha armado entre las mujeres
No bien ha tomado vuelo
la noticia, se ha llenado
de gente el Ayuntamiento.
Echada atrás la montera,
alta la vara y más tieso
que un ajo, nos ha leido
el alcalde un dicumento
en el que manda, quien puede,
que sin perdida de tiempo
vayamos á Zaragoza;
y todos nos vamos, menos
el hijo del tal don Rufo,
de ese tio tan...

RUFO. (Ah, perro!)

GIL. (Voy á cruzarle la cara.)

RUFO. (Conviene más que escuchemos.)

PEDRO. ¿Es posible?

PERICO. La noticia
ha sido un rayo en el pueblo.
Desiertas están las parvas
y desiertos los majuelos;

dá grima mirar las eras,
los atochales dan miedo,
y están cabañas y chozas
que parecen cementerios.
¡Pues y las madres!... Carape,
ya me olvidaba.
(*Mirando á la casa del tio Pedro.*)

PEDRO. Está lejos;
y á más, qué importa que grites,
si el mal no tiene remedio!
¡Pobre madre!

RUFO. (No hay mujer
que resista tanto tiempo
de ausencia! Ocho años!)

GIL. (¡No es poco!)

RUFO. (Desde hoy seguirás un nuevo
plan de campaña.)

GIL. (Sepamos.)

RUFO. (Ven conmigo y hablaremos.)

(*Vánse. Pedro habrá inclinado la cabeza, apoyada en el brazo, sobre la pared de su casa. Perico se habrá puesto de puntillas para mirar hácia el fondo.*)

ESCENA XI.

PEDRO, PERICO.

PERICO. No hay casa chica ni grande,
ni hay moza, vieja ni viejo,
que no anden á vueltas ahora
con los morrales; al menos
llevarán los chicos algo
que... ¡pues! Yo c mo no tengo
padre, ni madre, ni nada,
¡como no me chupe el dedo!
En fin, Dios dirá. Quién piensa
en comer... Alza, salero!
No voy á andar mucho mundo
que digamos!... Yo me alegro,
porque al fin... Alza, pilili.
¿Quién dijo penas?—¿Qué es eso?
Tio Pedro, ¿está usted llorando?

PEDRO. ¿Yo llorar... ¡Voto al infierno!
¿Yo llorar...?

PERICO. Si no me extraña;
he visto rodar al suelo

lagrimones como nueces.
El caso no es para menos,
al fin y al cabo nos vamos
la flor y nata del pueblo,
nos vamos los buenos mozos
y esto se queda hecho un yermo,
los ricos empobrecidos
los pobres sin alimento,
las novias sin esperanza
y las madres sin consuelo.
Esto es más claro que el agua;
pero en fin, ¿qué hacer?

PEDRO. No quiero,
no quiero, vamos, Perico.

PERICO. ¿Qué no quiere usted?

PEDRO. ¡Creerlo!

PERICO. ¡Bah!

PEDRO. Si llego á convencerme
que hoy mismo, esta tarde, dentro
de algunos minutos, voy
á perder el chiquio, pienso
que he de arrancarme los ojos.

PERICO. Vá usted á cegar, tio Pedro?

PEDRO. Si sus miradas me faltan,
qué más ciego! qué más ciego!

PERICO. Pues tio Pedro, á mí me duele
que le duela, pero el hecho
es que Julianico...

PEDRO. Acaba.

PERICO. Coje el chopo.

PEDRO. Lo veremos.
(*suena un toque de corneta.*)
Una corneta!

PERICO. Eh! qué tal?
si esto huele á campamento.
Eso es llamada... que llama
á los soldados dispersos.
Con ellos vamos á dirnos.

PEDRO. Tan pronto?

PERICO. Así lo ha dispuesto
el alcalde... que es más listo!
que la pata de un camello.

PEDRO. Aún me queda una esperanza.

PERICO. Cuál!

PEDRO. Mi arrendatario es bueno.

PERICO. Mi amo tambien, y con todo
voy á añudar el pañuelo

y á ceñir las alpargatas
para andar mejor; pues creo
que el amo no vá á prestarme
la bondad de su dinero.
(*Hace lo que indica, de modo que ocupado en esta faena, no vea irse á Pedro.*)

PEDRO. Oh, malo será que el hombre
no me ayude en tal extremo.
y... (*suena la corneta.*)

PERICO. (*remedando el toque.*) Tararari.

PEDRO. Maldita!
me está desgarrando el pecho.

ESCENA XII.

PERICO, *á poco* ROSA *y* CLAUDIA.

PERICO. Ajajá, ya estoy más listo!..
Si yo por nada me arredro.
Vamos andando, tio Pedro.
(*Sorpresa.—Rosa y Claudia, salen al mismo tiempo.*)

CLAUDIA. Oye.

ROSA. Atiende.

PERICO. Santo Cristo!
y el otro tomó soleta.

CLAUDIA. Qué corneta es esa?

ROSA. Dí.

PERICO. Claro está! Pues vele ahí!
Esa... es toda una corneta.

ROSA *y* CLAUDIA. Pero...

PERICO. No saben ustedes
lo que pasa? Toma, toma!
Pues sí, que el caso es de broma!
Ya se vé! entre esas paredes...
claro! qué ha de suceder?
Tia Claudia, yo, si lo siento,
es por... (Soy todo un jumento,
por poco lo echo á perder.)

CLAUDIA. Por qué?

ROSA. Dí pronto.

CLAUDIA. Me abrasa.

PERICO. Jé... jé... jé... (*rascándose la cabeza.*)

ROSA. Nos desesperas.

CLAUDIA. Huy que hombre!

PERICO. (*á Rosa.*) Pero es de veras?
No sabes tú lo quepasa?

ROSA. Náda sé.
CLAUDIA. A oscuras estamos
PERICO. Ni usted tampoco?
CLAUDIA. Ni pizca
PERICO. Vá usted á quedarse bizca
CLAUDIA. Yo?
PERICO. Qué alboroto!
ROSA. Sepamos.
PERICO. ¡Si es atroz!
CLAUDIA. Ya no hay agùante.
ROSA. Dílo, y sea lo que sea.
PERICO. ¡Jesus, cómo está la aldea!
hecha un campo de *Algramante.*
¡Qué de clamar á los cielos!
¡qué andar á vueltas con todo!
¡qué hablar! qué correr! qué modo
de tirarse de los pelos!
ROSA. Pero bien, y?...
PERICO. ¡Pobre moza!
CLAUDIA. Qué es ello, por Dios, sepamos?
PERICO. Casi nada; que hoy nos vamos
los quintos á Zaragoza.
ROSA. ¡Dios mio! y Julian tambien?
CLAUDIA. ¿Julian? (*Pausa breve.*)
PERICO. (¡Atiza!)
CLAUDIA. ¡Dios santo!
¿Julian?
ROSA. Tia Claudia...
CLAUDIA. ¡Ese llanto!
¿Es verdad?...
PERICO. (Se armó el belen!)
CLAUDIA. ¿Mi hijo soldado?
PERICO. ¡Aprension!
CLAUDIA. ¡Soldado, sí!
ROSA. ¡Suerte impía!
CLAUDIA. ¡Hijo mio!
(*En este momento sale Julian, que al ver á su madre se precipita en sus brazos.*)

ESCENA XIII.

DICHOS, JULIAN.

JULIAN. ¡Madre mia!
CLAUDIA. ¡Hijo de mi corazon! (*Se desmaya.*)
JULIAN. ¡Rosa! se pone mortal

mi madre...

ROSA. ¡Cómo!

JULIAN. Un vahido.

(*La sientan en un banco, Rosa la sostiene. Julian dice á Perico.*)

¿Quién fué el traidor?

PERICO. (*Azorado.*) Esa ha sido;
esa.

JULIAN. ¿Tú?

ROSA. Yo, que al fatal
anuncio de tu partida
solo he pensado en mi suerte.

JULIAN. ¡Por qué no viene la muerte
si mi vida no es mi vida;
si hay quien juegue á su placer
con ella; si hay quien taladre
el corazon de esta madre
y el alma de esa mujer!

PERICO. Julianico, yo lo siento;
pero ya tardamos y...

JULIAN. ¿Dejar á mi madre así?

PERICO. Mayor será su tormento
si vuelve à verte.

JULIAN. Imposible.

PERICO. Ve que el alcalde es un tio
de malas pulgas.

JULIAN. ¡Dios mio!
¿Qué hacer? ¡Situacion horrible!

ROSA. Ya alienta.

JULIAN. Rosa, valor:
fuerza es que ya no me vea
mi madre.

ROSA. ¡Cómo!

JULIAN. La aldea
voy á dejar. Del dolor
hasta pudiera morir!
que no hay madre que resista
por mucho tiempo la vista
del hijo que va á partir,
para no volver quizás.

ROSA. ¡Julian!

JULIAN. ¡Escuche tu acento!
Repite tu juramento
de no olvidarme jamás.

ROSA. ¡Lo juro!

JULIAN. Testigos Dios.
y esa cruz.

ROSA. Oye...

JULIAN. Mi padre
me esta esperando.
(*Se arrodilla delante de Claudia, que aun no habrá vuelto completamente del desmayo, y la besa una mano.*)
¡Adios, madre!

PERICO. (*Llorando.*) ¡Si yo la tuviera!

JULIAN. (*A Rosa, que sostiene á Claudia con una mano, mientras que con la otra se oculta el rostro para llorar.*)
¡Adios!
(*Vánse Julian y Perico.*)

ESCENA XIV.

ROSA, CLAUDIA.

CLAUDIA. No tuvísteis compasion!
Todos me habeis engañado,
y todos habeis jugado
con mi pobre corazon.
¡Julian!... ¡Hijo mio!
(*Abriendo los ojos y alzándose rápidamente.*)
¡Qué!
¿No está?... Dios santo, responde.
¿En dónde se encuentra, en dónde?

ROSA. ¡Madre!

CLAUDIA. (*Desprendiéndose de Rosa.*)
¡Yo le encontraré!
(*En el mismo instante aparece Pedro. Claudia y Rosa se echan en sus brazos. Empieza á anochecer.*)

ESCENA XV.

DICHAS, PEDRO.

CLAUDIA. ¡Pedro!

PEDRO. ¡Fué vano mi afan!
¡Claudia!...

CLAUDIA. ¡Mi hijo!

PEDRO. ¡Llora, llora!
(Mañana al salir la aurora
sus ojos no le verán!
Tras ese monte sombrío,
con esa sombra que avanza

va á perderse mi esperanza,
mi único bien.)

CLAUDIA. ¡Hijo mio!

PEDRO. ¡Quién dará á estos pobres viejos
su apoyo!

ROSA. ¡Padre!

CLAUDIA. Corramos,
aun puede que le veamos;
sí, sí, no debe estar lejos.
(Van á partir y se oyen guitarras y la popular cancion.)

«Ya se van los quintos, madre,
»por la puerta de Alcalá.
»ya se van los quintos, madre,
»¡sabe Dios si volverán!»

CLAUDIA, ROSA *y* PEDRO. *(Deteniéndose.)*
¡Oh!
(Al mismo tiempo Gil, que habrá aparecido en escena y se habrá colocado junto á las rejas de la casa de Rosa, preludia en la guitarra el acompañamiento de una serenata. D. Rufo viene detrás.)

ROSA. ¡Gil!

PEDRO. ¡Y lo he de sufrir!
cuando de insultarme trata.
(Coge un azadon que habrá dentro del portal de su casa.)

CLAUDIA. Pedro! *(Deteniéndole.)*

PEDRO. O le mato, ó me mata.
Ya, qué me importa morir.

CLAUDIA. ¡Ingrato!

PEDRO. *(Dejando caer el azadon.)*
¡Es verdad!

GIL. (No espero
vencer su amor, que es profundo.)

RUFO. (Todo se logra en el mundo
con astucia y con dinero.)

CLAUDIA. ¡Dios mio! un rayo de luz;
luz que ilumine la aldea.
¡Quién sabe! quizás le vea
subida al pie de esta cruz.
(Claudia sube á la cruz. En este momento un rayo de luna llena de claridad la escena.)

TODOS. ¡Oh!

CLAUDIA. Por allí. *(Rapido.)*
(Señalando al fondo. Rosa sube á la cruz. Pedro se

empina sobre el primer escalon, en medio de las dos mujeres.

ROSA. ¡Es singular!

(*Al mismo tiempo se oye más lejana la cancion:*)

»*Ya se van los quintos madre,*
»*sabe Dios si volverán.*

CLAUDIA. (*Cayendo de rodillas al mismo tiempo que Rosa.*)
¡Protégele tú, Dios santo!

PEDRO (*En pie, con voz temblorosa y alzando los brazos al cielo.*)
¡Cobíjale tú en tu manto,
Virgencica del Pilar! (*Todo rápido.*)
(*Cuadro. Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion que en el anterior. En la casa de Pedro, por la parte que da frente al espectador, se notan las huellas de un incendio. En la de Rosa, estan cerradas las ventanas y la puerta.

ESCENA PRIMERA.

El Porro *y* dos aldeanos, *tendidos en el suelo.*

Ald. 1.° Estais dormidos?
Porro. Quién puede
dormir con esta solana?
Vaya al demonio la siesta.
(*Los tres se incorporan y permanecen sentados formando semicírculo.*)
Ald. 1.° Parecen las piedras áscuas.
Ald. 2.° Pues digo, que las avispas
llevan al pico unas lanzas!
Porro. Agujas dirás; conmigo
la ha tomado una bandada,
y me ha puesto la nariz
lo mismo que una patata.
Ald. 1.° Sabeis que si viene el amo...
Porro. Tú, tú, tú, tú!. . pues bueno anda
el amo para cudiarse
de las trillas y las parvas.
Dende que hizo su deseo
y se casó con el ama,
tan pensativo anda el hombre
que parece un automáta.
Dicen que si anda celoso
de Julian. Cristo me valga!
tenerle celos á un muerto.

ALD. 1.º Imposible.
ALD. 2.º Vaya, vaya!..
PORRO. La verdad es que don Gil
se da de calabazadas
con una idea y la hacienda
le importa una pipitaña.
Tres cosechas van perdidas
y andan en pleito las casas
de don Rufo.
ALD. 1.º Qué don Rufo!
Dirás de don Gil.
PORRO. De entrambas
presonas.
ALD. 1.º Don Rufo, al cabo,
no pinta en el mundo nada.
PORRO. Dende que el hombre está ciego!
(*Con misterio.*)
Hay quien dice en la comarca
que el rayo ha sido un castigo.
ALD. 1.º La Povidencia es muy sabia.
PORRO. Cuántas cosas han pasado
en pocos años!..
ALDEANOS. Caramba!
PORRO. Toitico ha cambiado, todo.
Ocho años hace, esta casa
que ahora nos presta su sombra
era un nidico, una jaula
de amor... Pobre Julianillo,
pobre Pedro y pobre Claudia!
Ya de los tres solo uno
queda en el mundo.
ALD. 2.º Qué lástima!
ALD. 1.º La culpa toda, es sabido,
las tales quintas.
PORRO. Mal haya
quien rompe lazos que tienen
unidas á tantas almas.
ALD. 1.º Y qué decís de Rosica?
PORRO. Callad; la tengo una rabia!..
Haberse casado al cabo
con Gil!..
ALD. 1.º La pobre muchacha
estaba sola en el mundo.
PORRO. Qué sola ni qué azofaifa.
Dí tú que son las mujeres
toiticas como las aspas
de un molino que se mueven

al viento que sopla. Vayan
todas con mil de á caballo,
que á mí ninguna me engaña.

ALD. 1.° Quien habla de las mujeres
de un modo que desquijara
á cualesquiera, es Perico
No-matar.

ALD. 2.° Y PORRO. Já, já.

ALD. 1.° Ya es maula
el tal Perico!...

PORRO. Es lo cierto
que el servicio de las armas
le ha güerto de arriba á abajo.

ALD. 1.° Claro está: ha corrio tantas
y tantas tierras.

ALD. 2.° Y á más
ha estado en tantas campañas!

PORRO. Cuidiado que cuenta cosas!...
Eh?

ALD. 1.° Ya, ya.

PORRO. Yo siempre que habla
estoy con la boca abierta.

ALD. 1.° Y yo tambien

ALD. 2.° Y yo.

PORRO. Lástima
que sea un holgazanote
tan grande!

ALD. 2.° Sí.

ALD. 1.° Pero calla,
no me engaño; aquí se acerca.
(*Todos se levantan.*)

PORRO. Perico! (*Llamando.*)

ALD. 1.° Ven.

PERICO. (*Con flojedad.*) Quién me llama?

ESCENA II.

DICHOS, PERICO *en mangas de camisa, con pantalon azul, chaqueta amarilla y gorra de cuartel, muy estropeado.*)

PORRO. Ven: semos nosotros.

PERICO. Hola!
bien á la sombra trillais.
Holgazanes! siempre estais
tendidos á la bartola.
(*Tumbándose en el banco.*)

PORRO. Sí; que tú!...

PERICO. Calle el zamarro;
yo he mordido ya el cartucho
y he corrido mucho, mucho... (*Transicion.*)
A ver quien me da un cigarro.

PORRO. Ten.

ALD. 1.º Del mio.
(*Perico toma una cajetilla y se la mete en el bolsillo despues de haberse servido tabaco para un cigarro.*)

PERICO. Si os explico
mis empresas belicosas!

ALD. 2.º (Lo guarda.) (*Ap. al Porro.*)

PORRO. (Jé, jé. Son cosas
del licenciado Perico!)

PERICO. Yo no he estado en el cuartel
nunca; siempre de batalla;
y he sufrido más metralla!..
— A ver quién me da un papel.

ALD. 1.º (Yo tengo.) (*Buscando en el bolsillo.*)

PORRO. (*Ap.*) Da lo que pida
y no sueltes el lebrillo,
porque se lo echa al bolsillo,
como el tabaco.)
(*El aldeano 1.º da un papel á Perico, y se guarda el resto.*)

PERICO. Qué vida!
todo lo hace la costumbre.

PORRO. Y has matado mucha gente?

PERICO. Lo menos trescientos veinte...

ALD. 2.º Zape!

PERICO. A ver quien me dá lumbre.

ALD. 1.º Fumas? (*Dándole un fósforo de carton encendido. Perico al oir la indirecta, hace ademan de darle un torniscon.*)

PORRO. Y tú tienes por mote
No-matar?

PERICO. Voto á mi abuelo,
que era un bendito del cielo,
que el mote fué mal pegote.
Y bien que me ha hecho rabiar
de quinto!

PORRO. Qué te ocurría?

PERICO. Que todo el mundo decia
«ahí vá el quinto *No-matar.*»

ALDS. Jé, jé.

PERICO. Luego entré en accion.

PORRO. Y dejaste alguno frito,

eh?

PERICO. Yo atravieso un mosquito
con la bala de un cañon...

ALDS. Carape!

PORRO. Ya voy yo viendo
que has tomado muchas alas.

PERICO. Yo me burlo de las balas;
se aprende mucho sirviendo;
no hay más remedio que abrir
los ojos.

ALD. 1.º Ya.

PORRO. Y de qué modo!

PERICO. Yo sé de todo, de todo,
menos leer y escribir.

PORRO. Y de mujeres, Perico?

PERICO. Tú, tú, tú.

PORRO. Aquella patrona
que tuviste en Barcelona.

PERICO. Toribia?

ALD. 1.º Valiente mico!

PORRO. Y aquella moza de Estella
que pretendiste?

PERICO. Ahí verás;
si estoy otro dia más
me dice que sí.

PORRO. Y aquella
de Jerez que te queria
tanto?

PERICO. Cuál?

PORRO. La que aguardaba
en el balcon y te echaba
dinero y cuanto tenia.

PERICO. Ah! sí; me amaba de veras.
Un dia logré acercarme,
y no sabiendo qué echarme...
me echó por las escaleras.
Julian podria contar
lo que era yo, si viviese.
Pobre chico!

PORRO. Tambien ese
sería!..

PERICO. Quieres callar?
Julian llevaba en su pecho
un altar, y en él rendia
adoracion á la arpia
que habitó bajo este techo.
El pobre rodó al abismo.

Se sublevó!..

PORRO. Vóto á tal!

PERICO. Como no era general,
claro, se rompió el bautismo.

PORRO. Fué á las islas...

PERICO. Qué se yo!
Bien mala suerte le cupo!
Desde entónces nadie supo
de él.

PORRO. Se supo que murió.
Precisamente era ese año
alcalde don Rufo el ciego.

ALD. 1.º Verdad.

PERICO. Don Rufo!.. reniego!..
Pero en fin; bien pagó el daño.
No hay más que verle la cara
para saber lo que sufre:
cara de diablo, de azufre.
Da miedo el hombre.

ALD. 1.º Repara
cómo le trata su hijo.

PERICO. Son Satanás y Luzbel.
(*Aparece D. Rufo guiándose con un palo. Su fisonomia ha cambiado por completo. Al salir tropieza.*)

RUFO. Maldicion!

PORRO. (*Asustado.*) Es él, corramos.

PERICO. Vamos á otra parte.

ALDS. Vamos.

ESCENA III.

D. RUFO.

Es él!.. es él!.. Quién es él?
—Por todas partes lo mismo.
—Habrá gente más cerril!—
Siempre palabras de espanto
y pasos que huyen de mí.
Qué diablos tiene mi rostro
que hace á las gentes huir?
Si yo pudiera arrancarme
la sombra tenaz que asi
me oprime!.. Vana quimera.
Será preciso vivir
para llevar en los ojos
y el alma luto sin fin.

Quién vá?.. quién vá?
(Con creciente irritacion. Gil sale taciturno. Al ver á su padre hace un gesto de disgusto.)

ESCENA IV.

D. Rufo, Gil.

Gil. Era milagro
que usted no estuviese aquí.
Rufo. Dónde he de estar?
Gil. En su casa,
en su cuarto.
Rufo. Sin salir,
y á solas con mi conciencia?
Olvidas ya que por tí
he cometido una infamia?
Que manché con un ardid
mi autoridad?..
Gil. Quién se acuerda?...
Rufo. Que hoy llora un padre infeliz
la falsa muerte de un hijo;
muerte que hizo sucumbir
á una madre.
Gil. Y bien!
Rufo. Por qué?
Por qué te muestras hostil
conmigo? Piensas acaso
que puedo yo subsistir
falto de la luz del cielo
viendo tu conducta vil?
El rayo que me ha robado
la luz tambien hizo huir
el valor de mi conciencia
y hoy tengo miedo de mí.
Gil. Vaya usted, pues, á su antojo
del uno al otro confin
de la aldea; no haya miedo
que yo... vaya por ahí,
tropezando y blasfemando...
Rufo. Cómo no he de maldecir
mi suerte!
Gil. Constantemente
maldigo la mia.
Rufo. Gil!
Gil. Ocho años hace llegaba

al pié de esta reja á oir
desprecios. Usted recuerda
lo que entónces dijo?

RUFO. Sí.

GIL. Con dinero y con astucia
tu deseo has de cumplir.

RUFO. Y has cumplido tu deseo.
Rosa es tuya.

GIL. Por Cain!
Más me dañan esas frases
que el veneno más sutil.
Rosa mia! Qué sarcasmo!

RUFO. No es tu mujer?

GIL. Más; es mi
esclava, siempre sumisa,
oye mis órdenes sin
alzar los ojos del suelo;
pero sus recuerdos y
su alma y sus oraciones,
sus pensamientos, en fin,
son del hombre venturoso
que amó con amor febril.

RUFO. Tienes celos?

GIL. Ni yo mismo
sé lo que tengo.

RUFO. Infeliz!

GIL. Y sin embargo, este infierno
que siento, lo paso á mis
solas, en tanto que usted...

RUFO. Yo!

GIL. No, no es esto decir
que usted no cumpla su gusto.

RUFO. Te atreves?...

GIL. Lo que es por mí!

RUFO. Infame!

GIL. Tendré que irme.

RUFO. Oh!

GIL. Quién puede resistir...

RUFO. La culpa es mia, sí, mia.
Cortara yo de raiz
el tallo, y no fuera el fruto
tan miserable y tan ruin.

GIL. Cortáralo usted, y entónces
sería yo más feliz. (*Váse.*)

ESCENA V.

D. Rufo, *á poco* Pedro.

Rufo. Y es él quien me lanza al rostro
mis faltas? Y he de sufrir
que así se burle el menguado?
¡Si yo le viera... ¡Infeliz!
Un rayo de luz tan solo!
(*Como implorando al cielo. En este momento aparece el tio Pedro apoyado en un garrote.*)

Pedro. Ocho años hace, que así
pedia un rayo de luz
una madre; iba á partir
su hijo.

Rufo. Pedro.

Pedro. Pobre Claudia!
Dios tuvo piedad de tí,
y le vimos, sí, le vimos
por la última vez! Por fin,
ya estais los dos en el cielo,
y yo os habré de seguir
presto.

Rufo. Pedro...

Pedro. No me toque,
no se acerque usted á mí.

Rufo. Por qué?

Pedro. Porque su contacto...

Rufo. Te mancha?

Pedro. Me hace sentir...
No es rencor... es repugnancia.
(*Váse haciendo ademanes repulsivos.*)

ESCENA VI.

D. Rufo.

Como si fuera un reptil?
No cabe mayor tormento
que tener que sucumbir
á tanto insulto. La muerte
primero que estar así.
Mil veces he arrojado

este baston para ir
derecho á un abismo! El miedo
mezclado en mi frenesí
me hacia buscar la muerte
á ciegas... muerte feliz,
que nunca pude encontrar
para dejar de sufrir!
Hoy... quién?... quién puede evitarla?
Nadie!... El abismo está allí.
(*Señalando al fondo.*)
Conozco el sitio!... Marchemos.
Vivir así, no es vivir.
(*Arroja el baston y se dirige tambaleándose al abismo. Al llegar junto á él, Julian, pálido y tembloroso, le detiene. D. Rufo hace un ademan de coraje. Todo segun el diálogo.*)

ESCENA VII.

D. Rufo, Julian, *en traje militar, con galones de sargento primero.*

Julian. Buen hombre! buen hombre! aguarde.
Rufo. Mal haya mi suerte impía!
Julian. Temblando estoy todavía!
Si llego un poco más tarde
se mata.
Rufo. Quién es usté?
Julian. Un sargento licenciado
que respira al ver que ha entrado
en su pueblo con buen pié.
Bien haya la Providencia!
Rufo. Providencia! (*Con sarcasmo.*)
Julian. Es poca suerte
robar un hombre á la muerte
despues de ocho años de ausencia?
Cuando un soldado ha sufrido
por una traicion odiosa
la suerte más espantosa
que puede sufrir nacido;
cuando ha juzgado perdida
su esperanza y de repente
vuelve á su patria y se siente
nacer de nuevo á la vida;
cuando se halla al bien cercano
y ve el paterno tugurio,

no ha de ser feliz augurio
salvar la vida á un anciano?
RUFO. Usted... usted vuelve aquí?...
JULIAN. A ser feliz.
RUFO. (Oh, qué idea.)
JULIAN. Mis padres son de esta aldea,
mi vida está en ella.
RUFO. (Oh!)
JULIAN. Sí.
Aquí he nacido á la luz,
y al buscar eternos lazos
ví siempre abiertos los brazos
de mi madre y de esa cruz.
Doble lazada inmortal
que arraigó en el tierno niño
de Dios el santo cariño
y el santo amor maternal.
RUFO. (No hay duda.)
JULIAN. Y por ser mayor
y más cumplido el placer,
aquí nació la mujer
que alienta mi alma al amor.
RUFO. (Rosa!)
JULIAN. Oh Dios! al ver mis ojos
tanto recuerdo bendito,
cómo el soldado proscrito
no ha de ponerse de hinojos
bendiciendo tu clemencia,
que imploró con tanto afan?
(Cae de rodillas.)
RUFO. Es él... es él!... Es Julian!
Quién duda que hay Providencia!
(Váse precipitadamente y como huyendo de sí mismo.)

ESCENA VIII.

JULIAN.

No es sueño... Me encuentro aquí,
y aún dudo... y mi alma batalla
con el temor.—Pero calla!
Y el ciego?.. Vá por allí.
Y él ha podido anunciar
mi inesperada venida...
que hay placeres en la vida
que matan más que un pesar.

Ay, dos años hace, dos!
que ignoran los pobres viejos
mi suerte!.. Estuve tan lejos!
—Pero qué veo?.. Gran Dios!
No me atrevo ni á mirar,
ni á creer lo que presumo.
Irá á convertirse en humo
el bien que voy á tocar?
Quemada la casa á trechos;
puesto un barrote á la puerta,
sin luz .. sin ruido... desierta...
y desplomados los techos!..
Pronto... á ver... Quizás estén...
Rosa! Rosa!.. Dime dónde?
Rosa... Nadie me responde.
(*reparando en la puerta.*)
Gran Dios! cerrada tambien!
Ni un momento de tortura,
necesito averiguar,
saber, oir, apurar
la copa de la amargura.
Un hombre se acerca.—Tú.

ESCENA IX.

JULIAN, *el* PORRO.

JULIAN. Ven: pronto, habla de esa casa,
qué es de mi padre? qué pasa?
Y Rosa?
PORRO. Por Belcebú
que usted parece un batan
y arma un enredo que yo...
JULIAN. Tú no me conoces?
PORRO! No.
JULIAN. Soy el soldado Julian.
PORRO. Carape!
JULIAN. Te has asustado?
PORRO. Cómo he de mirarle en calma?
JULIAN. Soy Julian en cuerpo y alma.
PORRO. (Ay... si habrá resucitado?)
JULIAN. No oyes?
PORRO. Que el diablo me balde,
si no tengo miedo. Es cierto
que usted es Julian el muerto?
JULIAN. El muerto?

PORRO. Pues al alcalde
con la noticia...
JULIAN. Pero hombre...
PORRO. Suyos son estos asuntos,
yo no hablo con los difuntos.
Abur. (*Váse.*)
JULIAN. Harán que me asombre,
que loco y furioso esté.
Muerto! Ojalá no mintiera
si ha de ser una quimera
la dicha con que soñé.

ESCENA X.

JULIAN, PERICO.

PERICO. Dicen que dice el alcalde
que vá á decir algo bueno
que ha de llegarnos al alma...
Pues ello dirá! Qué veo?
Un militar? Eh, compadre,
alargue usted esos dedos
y salude á un camarada,
soldado del regimiento
de Zaragoza.
JULIAN. Qué escucho?
PERICO. A la órden, mi primero.
JULIAN. Perico, no me conoces?
PERICO. Caracoles! qué estoy viendo?
JULIAN. Soy Julian.
PERICO. Julian?
JULIAN. Qué haces,
que no me abrazas?
PERICO. Con tiento.
JULIAN. Vamos, ven.
PERICO. Diantre! está usted
seguro de no estar muerto?
JULIAN. No seas bodoque. (*se abrazan.*)
PERICO. Diablo!
Es él.
JULIAN. Yo soy.
PERICO. Pues te advierto,
que en la aldea todos creen
que están sirviendo tus huesos
de diversion á las hienas,
á los chacales hambrientos

y á otros bichos inocentes.

JULIAN. Quién ha forjado ese cuento?

PERICO. Quién? Don Rufo, que era alcalde
hace dos años.

JULIAN. No acierto;
que intencion...

PERICO. Es muy sencillo;
como él os tiene hace tiempo
tanta tirria, por vengarse
no habrá perdonado medio,
y ha forjado... El hombre un dia
dió á conocer un impreso...

JULIAN. Vamos, todo lo adivino.

PERICO. Tú estabas en el destierro,
y como vuelven tan pocos
de aquellos climas...

JULIAN. Es cierto.

PERICO. Y como hacia dos años
que no escribias.

JULIAN. Entiendo
todo. Por ventura, nada
ha conseguido, y el cielo
más poderoso... En fin, vamos
á lo que importa. Dí, hablemos
de mis padres.

PERICO. De tus padres.
(Diantre!)

JULIAN. Tengo hambre de verlos.
Perico, por qué esa casa,
triste cuadro, donde veo
retratada mi existencia,
ha venido á tal extremo?

PERICO. Pobre Julian! Y qué quieres?
Mira : esos son los efectos
de las quintas. Esa casa
quedó á merced de un incendio
por falta de un brazo fuerte
que atajara el mal á tiempo.
Tú estabas gastando el tuyo
metido en pronunciamientos,
que sirven para que Antonio
ocupe el lugar de Diego.
Y en tanto que tú pagabas
el pato, yendo á lo perro
tendido sobre la popa
de un inmundo barquichuelo,
para no volver quizás

á tu tierra; aquí, dos viejos
derramando lagrimones
tan grandes como pucheros,
veian deshecha en humo
la casa donde vivieron.

JULIAN. Conque es decir que mis padres
se quedaron...

PERICO. Poco menos
que en camisa.

JULIAN. Oh!.. Por fortuna
yo vivo aún, y á despecho
del infame de don Rufo,
de Gil y del mundo entero,
tendrán mis padres abrigo,
hacienda, casa, sustento;
que á tanto llega el trabajo
cuando es tan noble el deseo.

PERICO. (Y quién le dice á este mozo
que su madre, *volaverum*?)

JULIAN. Pero entre tantas desgracias
seguro estoy que los viejos
habrán tenido un apoyo
en Rosa.

PERICO. (Adios mi dinero!
Aquí pereció Sanson
con todos los felisteos.)

JULIAN. Habla de ella.

PERICO. Conque de ella?
(Si le hablo del casamiento
no llega la extrema-uncion.)

JULIAN. Está buena?

PERICO. Ya lo creo.

JULIAN. Hecha un ángel.

PERICO. Si, (patudo.)

JULIAN. Y firme.

PERICO. Bah!.. lo que es eso...
mas firme... (que una castaña
metida dentro del fuego.)

JULIAN. Vamos á verla.

PERICO. (Demonio!
pues este si que es aprieto.)

JULIAN. Y á mis padres. (*Cogiéndole de un brazo.*)

PERICO. (No hay tu tia.)
Calla!... aquí viene el tio Pedro.

JULIAN. Cómo!

PERICO. Por allí.

JULIAN. Qué dices?

Mi padre?...
PERICO. El mismo.
JULIAN. Qué aspecto!
PERICO. El pobre está alicaido.
Ya se ve!.. los contratiempos!...
JULIAN. Voy á abrazarle.
PERICO. Repara
que va á matarle el contento.
JULIAN. Cierto: habrá que prepararle.
PERICO. Yo me encargo.
JULIAN. Tú?
PERICO. Para eso
me pinto solo.
JULIAN. Qué dicha!
PERICO. Ya llega: ocúltate presto.
Vamos....
JULIAN. Ya voy. (No me cabe
el corazon en el pecho.)
(*Se oculta al fondo. Pedro sale muy fatigado y se sienta en el banco mirando la casa quemada.*)

ESCENA XI.

PEDRO, PERICO, JULIAN.

PEDRO. Hola, Perico, estás solo?
PERICO. No señor, acompañado.
PEDRO. (*Levantándose con agitacion.*)
De quién, de don Rufo?
PERICO. Cá...
PEDRO. Porque yá estaba tomando
el portante. Hace un momento
vine á sentarme á este banco
cómo tengo de costumbre,
á ver... (*Señalando la casa.*)
PERICO. Ya, ya.
PEDRO. El pobre diablo
estaba aquí...
PERICO. (No sé cómo
empezar á prepararlo.)
PEDRO. Que no te hallas solo, dices?
No veo á nadie.
PERICO. Está claro,
no estoy solo, porque estoy...
PEDRO. Con quién?
PERICO. Con usted.

PEDRO. Ah, vamos,
estar conmigo es lo mismo
que no estar con nadie. Un trasto
viejo que de nada sirve.

PERICO. Vamos tio Pedro, notanto;
si parece usted un pino
por lo firme y lo... (Canastos,
de qué manera y por dónde,
empezaré á prepararlo!)

JULIAN. (Si yo lo hubiera sabido!
Vamos, estoy que me abraso.)

PERICO. Tio Pedro.

PEDRO. Qué te se ocurre?

PERICO. Qué es lo que está usted mirando
con tanta atencion?

PEDRO. Los restos
de mi existencia.

PERICO. Quién diablos
piensa en eso!

PEDRO. Otra! qué dices?
no pensar en el muchacho?
en mi Julian? en mi hijo?
Por fuerza que estás tocado...
Dar al olvido á mi pobre
Claudia?

JULIAN. Cielos!

PEDRO. Yo olvidarlos?

PERICO. Mas...

PEDRO. Más fácil es que el Ebro
se trueque en arroyo manso,
ó vuelva atras su corriente.

PERICO. Lo comprendo, pero...

PEDRO. En tanto
me quede un resto de vida,
vendré á sentarme á este banco,
á ver mi casa; la casa
donde felices pasaron
la vida, aquellos que están
en el cielo, hace dos años.

JULIAN. (*Saliendo hasta el proscenio. Con voz desgarradora.*)
Mi Madre!

PEDRO. Quién?

PERICO. (Santo Dios!)

JULIAN. Muerta!.. muerta!

PEDRO. Qué?.. Un soldado?

PERICO. (*A Pedro, con alegria.*)
Julian.

PEDRO. (*Con asombro.*) Julian?
JULIAN. (*Abrazándole.*) Padre mio.
PEDRO. Hijo!.. Gran Dios!.. (*Pausa.*)
PERICO. Seré bàrbaro?
No lloro como un chiquillo?
Yo, un melitar... que he matado
más gente... (Creí que estaba
con esos pobres gaznápiros
que se tragan cada embuste
como la rueda de un carro.)
PEDRO. Hijo!... Bendito sea el cielo!
JULIAN. Dios la tenga en su descanso.
PERICO. Pues señor, yo no he nacido
para mirar estos cuadros;
y así, sin que ellos lo noten,
me escurro.— Pero qué diablos
habrá en la aldea que todos
andan en corrillo?.. Vamos
á oler; es mi único oficio.
Le tengo un odio al trabajo!

ESCENA XII.

JULIAN, PEDRO.

PEDRO. Sí; ya no cabe dudar,
tú eres aquel que creia
muerto.
JULIAN. Padre!
PEDRO. La alegría
no me deja respirar.
— Vienes enfermo?
JULIAN. Yo...
PEDRO. Sí;
ese color...
JULIAN. Ya no es nada;
despues de tanta jornada.....
PEDRO. Pobre!
JULIAN. Al cabo, sucumbí.
PEDRO. Por qué no me has avisado?
JULIAN. Porque el mal no daba treguas
y me hallaba á muchas leguas.
PEDRO. Otra! yo hubiera volado
hasta lograr encontrarte.
JULIAN. Imposible!
PEDRO. No seas niño;

con las alas del cariño
se llega á cualquiera parte.

JULIAN. Ay! si eso fuera verdad,
tiempo hace que aquí estaria,
y víctima no seria
de una infame falsedad.
Don Rufo rompió los lazos
más sagrados.

PEDRO. Fué un impío,
cierto; pero aún, hijo mio,
te quedan aquí mis brazos.

JULIAN. Ah, si, sí; aún logro tener,
para mi consuelo eterno,
el amor de un padre tierno
y el amor de una mujer.
Rosa!

PEDRO. Rosa?

JULIAN. Usted presume
que mi pasion se ha deshecho?
El fuego que hay en mi pecho
ni la muerte lo consume.

PEDRO. Rosa!

JULIAN. Despues de ocho años
de sufrir traidoras lides...

PEDRO. Es preciso que la olvides.

JULIAN. Cómo!

PEDRO. Sucesos extraños,
tu ausencia, la suerte vil...

JULIAN. Que olvide?...

PEDRO. Dios lo ha querido;
Rosa tiene ya marido.

JULIAN. Padre!

PEDRO. Pertenece á Gil.

JULIAN. Dios de Dios!...

PEDRO. Honda es la herida!

JULIAN. Rosa en poder de ese hombre?
Maldicion sobre mi nombre
si no le arranco la vida.

PEDRO. Hijo!

JULIAN. Los dos pagarán
su infamia!

PEDRO. Dios te contenga.

JULIAN. Traicion con traicion se venga!

PEDRO. Nunca!

JULIAN. Los dos morirán!

PEDRO. Qué estás diciendo?

JULIAN. Infelices!

Mi madre alienta mi anhelo.

PEDRO. Tu madre tiembla en el cielo
al escuchar lo que dices.
Tú la ofendes, tú te engañas.
Cuándo una madre ha querido
ver en el crímen sumido
al hijo de sus entrañas?
Esto te asombra quizás?
Yo al mirarte me confundo:
qué has aprendido en el mundo?

JULIAN. Mucho.

PEDRO. Entonces no serás
criminal; no puede ser;
perdonarás al malvado.

JULIAN. Yo?

PEDRO. Al que tu bien te ha robado.

JULIAN. Nunca!

PEDRO. Sabrás padecer.

JULIAN. Imposible!

PEDRO. Y apagar
la cólera que te enciende.
Qué aprende aquel que no aprende
á sufrir y á perdonar!

JULIAN. Ay, padre!

PEDRO. Si no te inspira
la voz de este viejo rudo,
hijo, desde hoy quedo mudo.
—Quieres vengarte?

JULIAN. Sí.

PEDRO. Mira.
(D. Rufo atraviesa la escena, guiándose con un garrote.)
Don Rufo!

JULIAN. Ese?

PEDRO. Aquí los dos.
—Ahí le tienes, ahí le tienes;
ciego, sin calma, sin bienes.
—Enmienda la plana á Dios!

JULIAN. Don Rufo!

PEDRO. Por Belcebú!
con un empujon violento
le matas...

JULIAN. Si hace un momento
le salvé la vida.

PEDRO. Tú?

JULIAN. Puesto al borde...

PEDRO. Ya adivino.

JULIAN. Yo le libré.
PEDRO. Julian!
JULIAN. Padre!
PEDRO. Así te quiere tu madre:
libertador, no asesino.
JULIAN. Quede sepultada aquí
mi dulce ilusion hermosa.
Rosa! (*Llorando.*)
PEDRO. Mira.
JULIAN. Quién?
PEDRO. Es Rosa
que viene á rezar por tí.
JULIAN. Oh!
PEDRO. Silencio.
JULIAN. Suerte cruel.

ESCENA XIII.

DICHOS, ROSA, *de negro, que se habrá puesto de rodillas al pie de la cruz.*

ROSA. Si no es mi plegaria impía,
acoge, Vírgen María,
mis oraciones por él.
Tú sabes con cuánto afan
lloré su muerte.
JULIAN. Impostura!
ROSA. (*Levantándose sobresaltada.*)
Cielos! un hombre.
JULIAN. Perjura!
PEDRO. Hijo!
ROSA. Julian?
JULIAN. Sí, Julian,
que del destierro volvió
para su daño y tu afrenta,
y viene á pedirte cuenta.
PEDRO. Y voy á dártela yo.
ROSA. (*Cayendo de rodillas.*)
Perdon!
JULIAN. En vano te humillas.
Y usted la va á defender?
PEDRO. Para ello me basta ver
que está á tus pies de rodillas.
Mal te han puesto el corazon,
y has olvidado colijo
que eres Julian, que eres mi hijo,

que has nacido en Aragon.
Aquí se logran vencer
ejércitos y montañas,
mas no se muestran las sañas
con una pobre mujer.
Cuentas pides y la afrentas;
si ella al oirte te implora,
si está á tus pies y si llora,
qué más cuentas! qué más cuentas!
(*Pausa. Pedro alza á Rosa.*)

JULIAN. Padre, la fria razon
de sus años, no se aviene
con las ánsias del que tiene
desgarrado el corazon.
Pasar toda una existencia
acariciando avariento
una idea, un sentimiento;
sufrir ocho años de ausencia
para ver á esa mujer
—de mi amor sueño divino—
en brazos del asesino
de mi madre!...

PEDRO. Hijo!... Qué hacer?

JULIAN. Qué hacer? alzar iracundo
mi voz; hacer que mi pecho
estalle en iras deshecho.
Padre, si no hay en el mundo
poder humano que impida
rugir á la mar violenta,
quién domara la tormenta
que ruge aquí embravecida?

ROSA. Julian! (*Rápido.*)

JULIAN. A esa cruz invoco.
Qué fueron tus juramentos?

ROSA. Tú no sabes mis tormentos.

JULIAN. Hay para volverse loco.

PEDRO. Creyó tu muerte, y advierte...

JULIAN. Que voy á perder la calma;
amor que arraiga en el alma,
dura aun despues de la muerte.

PEDRO. Tú en tu larga correría,
has visto en cosas de amor
un mundo mucho mejor
de lo que yo me creia.
Qué has visto, Julian, qué has visto?

JULIAN. Infamias, torpes amaños,
falsías y desengaños.

PEDRO. No digas más. Vive Cristo!
Y despues de haber visto eso
quieres que haya en esta aldea
una mujer que no sea
cual todas, de carne y hueso!
Que al estar en la agonía,
sin pan, sin padres, sin novio,
sufra impasible el agovio
de un hombre que noche y dia
viene á su reja á decir,
«Rosa: mi amor es profundo;
»no tienes nada en el mundo;
»quieres casarte?» Es decir,
que tú, que sólo has hallado
en el mundo que has corrido,
mujeres que se han vendido
y hombres que se han engañado,
buscas aquí mujer tal
que con el agua en la boca
aguante como una roca
el diluvio universal.
Quita allá, y piensa con sana
razon.

JULIAN. Padre!

PEDRO. Vuelve en tí.
Piensas que yo no sufrí
con la boda? La mañana
que ésta trajo la cancion
y me dijo con quién era,
de buena gana la hubiera
echado por el balcon.
Mas poniéndome en la cierta
dejé mi forma agresiva,
tuve lástima á la viva
y suspiré por la muerta.
Hoy Rosa, sufre quizás;
tu presencia la anonada.

JULIAN. Rosa!

ROSA. Soy muy desgraciada;
más que tú; mil veces más.
(Aparece Gil y con paso lento y ademan sombrio se coloca junto á Rosa.)

ESCENA XIV.

DICHOS, GIL.

GIL. (*Reprimiendo la ira.*)
Tiempo hace lo presumí!
JULIAN. (Es él? mi razon se ofusca.)
PEDRO. (*Deteniéndole.*)
Oh!
JULIAN. No soy yo quien le busca,
es él quien viene hasta mí.
PEDRO. (Julian, á tu madre apelo;
deja que descanse en paz.)
ROSA. (Nunca te creí capaz
de ese engaño.)
GIL. Vive el cielo!
Ya comprendo tu inquietud!
Ese hombre...
ROSA. Con su presencia,
hoy ha puesto en evidencia
tu infamia y mi ingratitud.
GIL. Confiesas tu amor?
ROSA. Jamás
habrá razon que me arguya;
mi honra, mi virtud es tuya.
GIL. Rosa!..
ROSA. No me pidas más. (*Vase.*)
GIL. Oh!
PEDRO. Por un torpe engaño
que te inspiró Lucifer,
conseguiste una mujer.
Hoy lloras tu desengaño!
—Vete.
GIL. Yo?
PEDRO. Aunque no te cuadre.
Tu crímen no tiene nombre.
Vete, no se acerque ese hombre
á reclamarte su madre.
(*Gil se estremece, y como poseido de un terror supersticioso, se aleja.*)

ESCENA XV.

JULIAN, PEDRO.

PEDRO. Julian, ¡valor!
JULIAN. Quede aquí
muerto mi amante deseo.
Por última vez la veo.
¡Qué más quiere usted de mí!
PEDRO. Que seas á la honra fiel;
que la olvides si me quieres.
JULIAN. ¡Oh!
PEDRO. No diga ese hombre que eres
tan infame como él.
JULIAN. ¿Y quién la puede arrancar
de aquí?
PEDRO. Dios.
JULIAN. ¿Dios? No lo espero.
PEDRO. ¿Dudas?
JULIAN. Dudo.
(*Perico sale dando voces y brincos de alegria. Trae chaqueta amarilla, alpargatas, gorra de cuartel, un morral á la espalda y un garrote en la mano.*)

ESCENA XVI.

DICHOS, PERICO.

PERICO. Compañero,
vaya un cisco singular
que se ha movido.
JULIAN. ¿Qué pasa?
PERICO. Que se halla toda la aldea
como en dia de vendimia
ó en noche de noche-buena;
que todos van por las calles
corriendo que se las pelan,
con los puños como mazas
y los ojos como yescas.
Solos están los cortijos,
y las campiñas desiertas,
sin un mayoral los hatos,
sin un segador las eras,

y están cabañas y chozas
como en los dias de fiesta.
¡Vaya un cisco, Julianillo,
no se ha armado mala gresca!
Los unos cogen las hoces,
los otros las podaderas;
aquel un legon, los otros
los restos de una escopeta
ó el rabo de una sarten,
ó el rabo de una cazuela.
¡Y las mujeres! Toiticas
van de Ceca para Meca
empuñando los badiles
y echando al traste las ruecas.
No hay voz que no se levante
ni brazo que no se mueva,
ni corazon que no lata,
ni sangre que no se encienda;
que á la honra de España tocan,
y en llegando á esta materia
no hay lágrimas, ni suspiros,
ni desmayos, ni pamemas,
sino coraje en el pecho
y ardiente fuego en las venas.

JULIAN. En fin, sepamos, qué pasa?
PEDRO. Sí, que estamos en tinieblas.
PERICO. Toma! toma! pero es cierto
que ustedes?.. esta si es buena!
Si hasta los perros y gatos
lo saben.
JULIAN. El qué?
PERICO. La afrenta.
JUL. Y PED. Cuál?
PERICO. Cuál? que el pendon de España
anda rodando por tierra
de un puntapié que le han dado
unas kabilas muy fieras
que han cavilado sin duda
que somos niños de teta.
JULIAN. Los moros?
PERICO. Justo, los moros.
PEDRO. Han tenido la insolencia?..
PERICO. De plantar la media luna
sobre nuestra cruz.
JULIAN. Y piensan
que no ha de costarles cara
tal accion?

PEDRO. España entera
se alzará para vengarse.
PERICO. Para vengarse? Ya, buena
gente somos aquí para...
No hay más que leerla Gaceta
que ha recibido el alcalde.
Allí está escrito, con letras
de molde, la gran sesion
que ha habido en Madrid; al leerla
el alcalde, á toiticos
nos ha subido á manera
de una grande fogarata,
y plaf, explosion completa.
Todos quieren engancharse
de voluntarios; la gresca
sube de punto, y hay hombre
que se ha comido la oreja
de un moro (se entiende, en sueños.)
JULIAN. Y bien, padre; esa es la senda
que Dios me señala.
PERICO. Justo.
Ole con ole, morena!
vamos á matar más moros
que puntos tiene una media.
PEDRO. Pobre del viejo caduco
qué triste y solo se queda!
JULIAN. Yo con usted.
PEDRO. No lo pienses.
JULIAN. Padre, mi deber...
PEDRO. Te ordena
dar tu sangre por tu patria
para lavar sus ofensas.
JULIAN. Y habré de dejar á usted
sumido asi en la miseria?
Jamás.
PERICO. Aquí viene el Porro,
que parece una centella.

ESCENA XVII.

DICHOS, EL PORRO.

PORRO. Está aquí Julian!
JULIAN. Quién es?
PORRO. Este pliego.

JULIAN. A ver? Urgente. (*Lee.*)
PORRO. (Con que es moneda corriente
que no murió.
PERICO. Ya lo ves.)
JULIAN. Esto mitiga mi afan.
Es del coronel Herrera. (*A Perico.*)
PERICO. Diantre!.. Qué dice?..
JULIAN. Que espera
al subteniente Julian?
PEDRO. Tú?
JULIAN. Me queria bastante.
PERICO. Subteniente!
PORRO. Anda, Perico!
PERICO. Vamos, tio Pedro, que el chico
es un mozo *echao pa alante.*
Claro está que tú, que yo...
digo que usted...
JULIAN. No seas niño.
PERICO. Todo esto lo hace el cariño
de la pobre vieja.
JULIAN. Oh!
PEDRO. Rogando está á más y más
á Dios por tí.
JULIAN. Pobre madre!
Gracias á tí, tendrá padre
sustento.
PEDRO. Y ascenderás.
JULIAN. Y qué me importa ascender?
tocar la cumbre más alta,
qué me importa? si me falta
el amor de esa mujer!
Sin ella no hay ilusion,
que es ella mi vida entera.
PEDRO. Y la pátria que te espera,
no alienta tu corazon?
JULIAN. Cuando en el trópico ardia
el sol que mi sien quemaba,
yo al verle le saludaba
y al saludarle decia,
derrama tu fuego en mí,
que tú eres el mismo sol
que alumbra al pueblo español,
la patria donde nací.
PEDRO. (*Abrazándole con efusion.*)
Julian!
PERICO. Bravo!
JULIAN. Tengo sed

de luchar.

PERICO. Y yo á tu lado.

PEDRO. Y todo español honrado.
(*Se oyen voces de entusiasmo.*)

JULIAN. (*Cayendo de rodillas.*)
Padre, bendígame usted.

PEDRO. Ocho años hace lloraba
al pie de esa cruz un padre,
y casi muerta una madre,
á Dios por su hijo rezaba.
Nada el dolor mitigó,
y es que el alma presentia
que el hijo al partir perdia
los séres que tanto amó.
Hoy, aliviando mi afan
la voz que en torno resuena,
alzo la frente serena
y te bendigo, Julian.
Vas por la patria á morir...
Otra ánsia en mi pecho lidia:
no es el temor, es la envidia
de no poderte seguir!

FIN

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Una víctima de amor	Comedia en un acto y en verso.
Modestia y vanidad	Comedia en tres actos y en verso.
Don Tomás II	Comedia (hasta cierto punto) en un acto y en verso.
Otro diablo cojuelo	Revista en un acto y en verso (1).
Los celos de una vieja	Comedia en un acto y en verso. (Segunda edicion.)
Las quintas	Drama en dos actos y en verso. (Segunda edicion).
El Centro de gravedad	Comedia en tres actos y en verso.
Los aguinaldos	Comedia en un acto y en verso.
Entre Pinto y Valdemoro	Comedia en un acto y en prosa.
La Beltraneja	Drama en tres actos y en verso (2).
El Miope	Juguete en un acto y en prosa.
Las Colegialas de Puerto Real	Opera cómica en tres actos y en verso (areglo del francés) (3).
Doña Maria Coronel	Drama en tres actos y en verso (Segunda edicion) (4).
Veturia	Tragedia en un acto y en verso.

(1) En colaboracion con D. Fernando del Pozo.

(2) En colaboracion con D. Francisco Luis de Retes.

(3) En colaboracion con el mismo.

(4) En colaboracion con el mismo.